

EL ENIGMA DEL HECHICERO DE BU

Por
Rafael Escobar Contreras

CAPITULO I

El tren de Alta Velocidad llegó a Toledo a las 9'00 horas con la puntualidad suiza. Frederick Silva, antes de poner el pie en el andén, se detuvo un momento en el escalón de la puerta para admirar el mágico contraste que ofrecían el medio de transporte que iba a dejar atrás y el edificio de estilo neoclásico que tenía delante. Recorrió este último con su mirada, de izquierda a derecha y de arriba abajo, y después se dejó arrastrar por la multitud de turistas, que a diario llegaban a la ciudad, hasta la puerta de entrada. Atravesando un vestíbulo, salió al otro lado del edificio, donde, aparcados ante la puerta principal, una gran hilera de taxis esperaban impacientes la salida de los viajeros. Con la llegada de este nuevo y sofisticado medio de transporte que comunicaba la ciudad con la capital de España, el número de viajeros había aumentado notablemente y por tanto el negocio de este colectivo también.

Frederick subió al primero de ellos y se sentó, en tanto el taxista colocaba su bolsa de viaje en el maletero. Al cabo de un instante, el hombre se sentó al volante y sonriendo a su cliente preguntó:

-¿Dónde le llevo, señor?

-Al callejón de San Justo -respondió el joven, tras consultar una tarjeta que sacó del bolsillo trasero de su pantalón-. Busco "La Posada de Carmen", un hostel. ¿Lo conoce?

Bajando el taxímetro el conductor asintió y arrancó suavemente. Frederick volvió la cabeza un instante para contemplar la bella fachada de la estación de ferrocarril culminada por una torre cuadrada de estilo neomudéjar.

Al volverse de nuevo y acomodarse en el asiento, el vehículo entraba en el puente de Azarquiel y observó maravillado como los rayos del sol bañaban de color ocre dorado una serie de casas y construcciones arquitectónicas apiñadas sobre una pequeña colina amurallada en la que destacaba, en lo más alto, el Alcázar, una fortaleza de torreones cuadrados, antaño alojamiento de reyes, hasta que Felipe II en 1562 trasladó la corte a Madrid. Rodeaba todo este conjunto arquitectónico las, un día cristalinas, hoy turbias, aguas del Tajo.

Desde que salió de Londres, la sensación de estar viajando en el túnel del tiempo, camino hacia su pasado, se había acrecentado, llegando a su punto más álgido al traspasar las murallas de la ciudad, quedando atrapado en un mundo mágico de caballeros, damas, alquimia y brujería.

Encogido en el asiento no salía de su asombro, aunque se le hacía un nudo en la garganta, al ver con que magistral pericia el taxista sorteaba las angostas y tortuosas calles de la ciudad.

-¡Freddy! ¡Vamos, Freddy, sígueme! -y, cuando éste llegó a su altura, agregó-: No te importa que te llame Freddy, creo que así es como te llama tu padre. ¿No es cierto?

-Sí... no... -titubeó el muchacho- Quiero decir que sí, así me llama mi padre y también mis amigos, y que no me importa que me llame así.

Una angosta escalera les llevó hasta la segunda planta y un largo pasillo con habitaciones a ambos lados, decorado con fotografías antiguas en blanco y negro de Toledo, hasta la habitación del fondo, la cual ocuparía Freddy.

-Esta es tu habitación, la 210. Como veras, da a dos calles, por lo que tiene unas espléndidas vistas. Desde el balcón tienes una panorámica preciosa del Valle y desde esta ventana -señaló con su mano la pared contigua- puedes ver, en medio de esa maraña de tejados, la torre de la Catedral. ¡Espero que sea de tu gusto!

-Es perfecta. Justo lo que necesito, una buena luz natural y tranquilidad para preparar mis clases de la Universidad.

Después de informarle sobre el horario de las comidas, la hostelera le entregó la llave y salió de la habitación para continuar con sus quehaceres.

Freddy se dejó caer en la cama un instante para relajarse, pero enseguida se levantó, como impulsado por un muelle, para sacar de su bolsa de viaje el ordenador portátil que siempre le acompañaba. Buscó una toma de corriente donde enchufarlo y se puso a navegar por sus carpetas, pasando el ratón de una a otra con una velocidad de vértigo. Mis documentos, mi música, the Beatles, Magical mystery tour. "¡Aquí estáis! -pensó en voz alta- ¡No puedo estar sin vosotros!" Se estaba refiriendo a los Beatles, su grupo favorito, por el que se sentía muy influenciado, sobre todo por John Lennon, del que copiaba, no solo su forma de vestir, vaqueros, chalecos, gafas redondas y su corte de pelo a media melena, sino que también comulgaba con sus ideas pacifistas.

Al tiempo que sonaban las primeras notas de "Hello Goodbye", comenzó a colocar su escasa ropa en el armario y antes de que la canción concluyese, ya tenía todo ordenado. No le gustaba viajar con mucha ropa, si necesitaba algo, que seguro que sí, sobre todo cuando arreciase el frío, pues ya le había advertido su padre que aquí era extremo, al igual que el calor en verano, lo compraría en el momento, pues antes de que esto ocurriese esperaba haber cobrado su primer sueldo, que iba a ser más que aceptable.

Después de ducharse y afeitarse, salió del hostel, con su reproductor de música mp3 colgado al cuello, para perderse por las calles de la ciudad hasta la hora de comer.

Tras degustar una deliciosa perdiz toledana, esperó, en el rincón de la televisión, a que Carmen, una vez recogido el comedor, se reuniese con él para hablar un rato.

Un viejo reloj de pared colgado detrás del mostrador de recepción daba las cuatro cuando ésta llegó. A esas horas todos los huéspedes estaban durmiendo la típica siesta veraniega, que, aunque ya habían entrado el mes de septiembre, algunos no perdonaban en todo el año.

-¡Bien, muchacho! -le dijo Carmen, acercándole una de los dos copas de whisky que traía en sus manos- Ahora podemos hablar tranquilamente. Dime, ¿como conseguiste un empleo en esta ciudad? Precisamente la ciudad donde están tus orígenes. ¿Curioso, no?

-En realidad, siempre he querido conocer España y concretamente esta ciudad, por la que, sin conocerla, me sentía atraído, así que estudié filología, especializándome en Filología Hispana con la intención de acabar, precisamente aquí, donde he acabado.

-Me alegro. Sabes, perdí el contacto con tu padre... déjame pensar -levantó la cabeza hacia el techo con los ojos cerrados-, en los años setenta, a finales, cuando se casó con tu madre, que era una estudiante inglesa a la que conoció en un intercambio, y con la que se fue a vivir a su país. Allí naciste tú.

aprovechó para rescatar a Isabel y, poniéndola tras de sí, se enfrentó al resto de los agresores repartiendo sablazos a diestro y siniestro”.

Carmen agitaba su brazo con energía de un lado a otro, arriba y abajo, como si el espíritu de Gonzalo de Silva la hubiera poseído.

“Aunque consiguió herir a un par de ellos, acabó arrinconado bajo la imagen del Cristo. La pelea era desigual y Diego fue herido en varias partes de su cuerpo, pero antes de morir imploró al Cristo que estaba sobre su cabeza, que salvara a su amada, pues había reconocido, en el jefe de la cuadrilla, a D. Lope de Silva, mi tata tata tata abuelo, quien también pretendía a Isabel, pero al que ésta siempre había rechazado. Al menos, eso es lo que dicen -añadía susurrando de nuevo-, pero no fue él, estoy seguro.

Entonces los sillares de la torre se abrieron y una fuerza sobrenatural absorbió a los dos amantes hacia el interior, cerrándose después. Los raptos intentaron penetrar en el templo forzando la cerradura, pero las campanas, sin que nadie las tocara, empezaron a tañer, tocando a rebato, y los vecinos del barrio subieron armados a defender su iglesia. Dentro estaba Diego que, atendido por Isabel, se recuperaba de sus heridas.

A los pocos días, Lope, dicen que fue detenido y colgado por los pies en el Alcázar hasta que murió, pero eso tampoco es cierto, murió en un incendio, al igual que Diego e Isabel, quienes, un año después de casarse en esta misma iglesia, también murieron en un misterioso incendio. Víctimas de la maldición del hechicero.

-¿Que maldición? -preguntaba yo, intrigada.

-Nada, ninguna. Ahora todo está en calma y no conviene remover el pasado, pero la maldición del fuego solo está durmiendo, algún día alguien avivará su llama y nuestras familias volverán a verse enfrentadas.”

Freddy respiró hondo, apuró de un trago su copa, y preguntó:

-¿Qué maldición es esa?

-No tengo ni idea. Solo he oído hablar de ella a tu abuelo, probablemente era una fantasía suya, en los últimos años parecía haber perdido la cabeza. Despotricaba a menudo sobre el hechicero y la maldición.

-Y el hechicero. ¿A que hechicero se refiere?

-No sé. Creo que se trata de otra leyenda, pero desconocida, que con el tiempo se ha olvidado. Ningún libro la recoge.

Freddy se levantó y se despidió de Carmen, agradeciéndole el buen rato que le había hecho pasar con su relato y lo bien que lo había interpretado.

-Esta misma tarde -gritó desde la puerta- compraré un libro sobre leyendas. Si todas son tan emocionantes como esta, no debo perder ni un minuto en conocerlas -y guiñando un ojo a la hostelera, añadió-: Claro que... prefiero que me las cuentes tú.

En una librería de la calle ancha, arteria principal de la ciudad donde se encuentra toda la actividad comercial, compró un libro titulado “Fantasía y realidad de Toledo”.

cubrió su pelo en su juventud. Cinco hijos, viuda y una vida llena de intenso trabajo la habían hecho envejecer más deprisa. Esto unido a la sobriedad con la que vestía, la convertía en una cincuentona.

Girando sobre sus talones, la Directora empujó la puerta que se encontraba a su espalda y entró en el edificio seguida del muchacho.

Al final de un largo pasillo, una pequeña habitación con una mesa en el centro permitía a los profesores de esa Facultad reunirse, entre clase y clase, para tomar un café y charlar, generalmente, sobre los problemas con los alumnos y de la marcha del curso. Un sofá de cuero negro donde recostarse si el estrés se apoderaba de uno, algo muy habitual en el colectivo docente, y una máquina de café que estaba siendo golpeada en ese momento por una joven que trataba de recuperar su moneda o de obtener el producto que había elegido, completaban la habitación.

-Estos son algunos de los profesores que componen la Facultad de Humanidades –indicó la directora-. Javier es el Director del Departamento de Historia, su fuerte es la Edad Media, y es el más antiguo de todos nosotros, lleva aquí casi desde que se fundó esta Universidad. Maite es profesora asociada de Filología Clásica, Eva enseña Lengua Francesa y su Literatura, es la última que se ha incorporado al equipo, y por último está Víctor, que imparte clases de Latín. Al resto, ya los irás conociendo. Yo me llamo María Jesús, soy la Directora del Departamento de Filología Hispánica y Clásica, que es al que tú estas adscrito, y además de dirigir parte de este gran zoo que es el campus –una carcajada general resonó en la habitación-, doy clases de Griego. ¡Ah! Se me olvidaba –añadió señalando hacia la máquina de café-. Esa que ves allí es Rocío, la profesora de Química Inorgánica, Orgánica y no sé que más. No pertenece a esta Facultad, pero la verás a menudo por aquí. Creo que acaba con las reservas de café de todas las Facultades. Su clase se presta más a las bromas por parte de los alumnos y ella siempre está al borde de un ataque de nervios.

-¡Encantada! –saludó desde el fondo, y siguió despotricando contra la máquina de café.

Freddy tomó asiento al lado de Javier y contestó pacientemente todas las preguntas sobre su vida y su estancia en la ciudad le iban formulando sus nuevos compañeros.

-Perdonadme, pero os lo voy a robar unos momentos –interrumpió Javier, al cabo de media hora, cogiendo del brazo a Freddy y tirando de él-, enseñaré a Freddy las instalaciones y las aulas.

Hecho esto se ofreció para llevarle a su casa, pues él, también residía en el casco antiguo y utilizaba su coche para desplazarse hasta el trabajo, aunque los problemas de aparcamiento le habían hecho plantearse más de una vez cambiarlo por el transporte público, pero nunca lo hacía.

Freddy rechazó amablemente la invitación, pues había decidido pasear por los alrededores.

Por la tarde, nada más terminar el almuerzo, Freddy se dispuso a recorrer la periferia de la ciudad siguiendo la carretera de circunvalación, lo que es conocido por los toledanos como “dar la vuelta al Valle”.

El otoño acababa de entrar, las tardes aún eran largas y se podía disfrutar de un agradable paseo bajo los cálidos rayos del sol.

Colocándose los auriculares de su reproductor de música, sin el que nunca salía, y en el que minutos antes había cargado el “Sargento Peppers” de los Beatles, bajó por las empedradas calles hacia el río y cruzó el puente nuevo, construido a finales de los años setenta por encima del viejo de Alcántara, con el fin de evitar que el aumento del tráfico rodado lo deteriorase. Encaró la subida hacia la Ermita del Valle con el sol castigándole las pupilas, a buen ritmo, zancadas largas y rápidas, hasta que llegó a la altura del puente de la degollada donde se detuvo para observar una placa de cerámica, cementada sobre una gran roca, que llamó su

incorporaba una cámara de fotos que aún no había usado, pues lo acababa de comprar no hacía ni un mes.

“¿Por qué no? –se dijo a si mismo-. Puedo hacer unas fotos. Quizá esto sea un gran descubrimiento y me haga famoso”.

Entró de nuevo en la cueva y abriendo hasta el máximo la salida de gas de su mechero, con el fin de obtener una mejor iluminación de los dibujos, lo sostuvo con su mano derecha mientras que con la izquierda, acercó su móvil lo más que pudo a la pared y disparó sobre el primero de ellos. Sin perder tiempo hizo lo mismo con el segundo, pues temía quedarse sin gas o quemarse los dedos. Después efectuó un tercer disparo y un cuarto, tras el que sintió como el calor le quemaba las yemas de sus dedos pulgar e índice. Apretando los dientes, en claro gesto de dolor, obtuvo la quinta y última fotografía, en el mismo momento en que soltaba el mechero, y salió como una exhalación al exterior, para introducir su mano entre la húmeda tierra, lo que no impidió que al instante le salieran unas pequeñas ampollas en los dedos. Una vez recobró la calma recordó que al llegar había cogido una tarjeta del mostrador de recepción del hostel. Nervioso, buscó su cartera y cuando la encontró marcó uno de los dos teléfonos que figuraban en ella.

-Ahora mismo no puedo ir a ayudarte –explicó la voz de Carmen, al otro lado del teléfono, tras haber escuchado atenta el relato de Freddy-, pero si quieres puedo llamar al 092, es la policía, ellos sabrán que hacer.

-Gracias, pero ya lo hago yo.